

Carta Pastoral para el Domingo de la Vida 2023

Queridos hermanos y hermanas de la diócesis católica de Estocolmo,

El Adviento es un tiempo de anhelo y espera. Esperamos la venida de Jesús, que es el Señor de la vida, el "camino, la verdad y la vida" para los que creen en él. Juan Bautista le prepara el camino para que su verdad ilumine nuestra vida. El Adviento es un tiempo de conversión más profunda a Jesús. También nosotros necesitamos la ayuda de la Virgen María para acercarnos a Jesús y seguirle con más entrega. Cuando celebramos hoy el Domingo de la Vida, es para que todos tengamos más gratitud por el don de la vida y más reverencia por la santidad de la vida. María puede ayudarnos a que esta conversión a la vida misma, que es el gran don de Dios, se haga más concreta. Nunca agradeceremos bastante a Dios -y a nuestros padres- el don de la vida.

En el Convento del Sagrado Corazón, una estatua de la Virgen María embarazada da testimonio de su asombro ante la gran gracia que ha recibido: traer a esta vida al Hijo unigénito del Padre. Durante el Adviento, podemos unirnos a María en la alegría y la esperanza por la venida de Jesús a nuestro mundo. Ella lleva el feto que se convertirá en el Salvador del mundo. Ella quiere proteger a cada feto para que sea recibido con amor y nazca en nuestro mundo. Junto con María, rezamos para que su Hijo tenga misericordia de cada feto y dé a su madre el valor de dejar que este niño vea la luz del día. Rezamos por todas las futuras madres: para que compartan la alegría y el asombro de la Virgen María ante la nueva vida que brota en ellas. Rezamos por las madres que se encuentran en dificultades y necesitan la ayuda de sus semejantes para dar a luz a su hijo. Todos tenemos la obligación de ayudar a esas madres. Como cristianos católicos, creemos que el derecho a la vida se aplica a todos desde el primer momento en el vientre de la madre. Por lo tanto, debemos hacer todo lo posible para ayudar a esas mujeres que se encuentran en dificultades, para que el niño que llevan en su seno pueda ser bien acogido en la vida.

En la catedral de Uppsala hay una representación contemporánea de María justo fuera de la capilla que se le dedicó en la Edad Media. En ella vemos a una mujer aparentemente corriente que mira ansiosa a su alrededor. Este es el aspecto que podría haber tenido María cuando no encontraba a su hijo de 12 años en el Templo de Jerusalén. Una madre moderna suele sentirse angustiada cuando su hijo empieza a crecer y se enfrenta a una dura realidad. A menudo, la seguridad básica del niño se ve erosionada. A una edad temprana, el niño se enfrenta a la violencia, a la pornografía, al acoso escolar. Todo niño tiene derecho a seguir siendo niño y a ser rodeado de amor y cuidados. Pedimos la intercesión de la Virgen María por todos los niños que crecen, sobre todo en los llamados barrios vulnerables de nuestro país. Oímos con horror cómo niños matan a tiros a otros niños. Los niños de nuestras

parroquias también se ven afectados. Debemos trabajar más conscientemente para dar a los niños que crecen en nuestra sociedad el tiempo suficiente para seguir siendo niños. Como cristianos católicos que creemos en la santidad de la vida, debemos hacer más para ayudar a los padres que tienen dificultades para proporcionar un entorno amoroso y seguro a sus hijos. También creemos en la misericordia y el perdón de Dios para los niños culpables de asesinato y violación. Nunca debemos descartar a nadie como un caso perdido. Jesús es el Salvador de todos. Todos deben tener la oportunidad de recibir su gracia, su perdón y su misericordia. Todos debemos recurrir a un amor más profundo por Jesús, que vino a curar a los enfermos y a transformar a los pecadores en santos. Nuestra reverencia por el don de la vida nos obliga a tender la mano a quienes han quitado la vida a otra persona. La misericordia de Dios no tiene límites. Él es también el único que tiene derecho a juzgarnos. Afortunadamente. Puede ser terrible ser juzgado por la gente. Toda persona ha sido creada a imagen de Dios y debe ser respetada.

Una de las imágenes medievales más bellas de la Virgen María es la llamada Virgen de la Isla. En ella vemos a la afligida Madre de Dios, con el corazón atravesado por una espada, junto a la cruz de su Hijo. Innumerables personas que sufren y se afligen pueden identificarse con la madre que ve a su hijo desangrarse hasta la muerte. Cuántas madres lloran a sus hijos muertos en guerras y conflictos en todo el mundo. Sufrimos con ellas. Rezamos por ellas. En la Virgen María sufriente, la compasión de Dios por la humanidad sufriente adquiere un rostro humano. En Jesús crucificado, el Padre mismo sale a nuestro encuentro, para transformar nuestro egoísmo y nuestro pecado en compasión y atención hacia todo ser humano que sufre. Al pasar de esta vida, todos necesitamos experimentar el amor y el cuidado especiales tanto de Dios como de nuestros semejantes. San Francisco habla de la muerte como de la Hermana Muerte, que con ternura quiere llevarnos al otro lado. San José es el patrón de los moribundos. Los moribundos tienen derecho a recibir todos los cuidados necesarios y a aliviar el dolor. Todos ellos necesitan experimentar la cercanía y los cuidados humanos y, no menos importante, ayuda espiritual para su viaje final. Cuando falta algo de esto -y, por desgracia, es bastante frecuente en nuestro tiempo- enseguida se alzan voces pidiendo que la vida se extinga sin más. Como cristianos católicos, creemos que toda persona tiene derecho a la muerte natural, pero después debemos trabajar más activamente para que sea lo mejor posible para el moribundo. En nuestro tiempo, vemos que la soledad se ha convertido en un problema social. Esto es más evidente en el momento de la muerte, cuando muchas personas están completamente solas. Junto con todas las personas de buena voluntad, podemos colaborar para dar a las personas una muerte tan buena y suave como sea posible. Rezamos con la Virgen María, que vio morir a su propio Hijo, para que todos los

moribundos reciban la gracia de Dios y la ayuda para morir con dignidad al final de una buena vida.

Durante el Adviento, necesitamos tanto a San Juan Bautista, que nos llama al arrepentimiento, como a la Virgen María, que nos ayuda a entregarnos a Jesucristo. El Domingo de la Vida nos recuerda el don inestimable de la vida, la vida que comienza aquí en el tiempo y está destinada a durar para siempre en la gloria de Dios. ¡Qué importante es nuestra pequeña vida para Dios!

Con mis oraciones y bendiciones,

+Anders Arborelius ocd